

trastre de tonalidades! Todo sumerge al espíritu en un ambiente encantado. Los misteriosos olivares contemplan a Juan en su andadura y con sus ramas, mecidas por la brisa mañanera, le saludan.

Ya se adentra por los encinares del bosque Zacaena y una hondonada recoleta y umbría se le antoja a Juan el lugar idóneo para descargar el hacha. Más, cuando se halla inmerso en la tarea, queda sorprendido y paralizado ante siniestra aparición.

ACTO III

El día recrea su plenitud bañada en la nostalgia. Vuelve Juan pálido y tembloroso y, echando una mirada al castillo —bastión para guerreros— allí se dirige.

— ‘‘Amo y señor —le dice al Conde—, estándome yo bosque adentro, cortando la leña que vuestra merced me mandara, una mujer de luto me arrempujó y en cuantis me volví por mirarla me percaté de que era la Muerte. Me echó encima unos ojos grandes y fijos que aquí clavaos los tengo y me hizo un gesto amenazante... Asin que, mi amo y señor, si me prestarais un caballo, me marcharía agora mesmo para Villarrubia y no pararía hasta encontrarme a larga pieza, a buen seguro de la Parca’’.

— ‘‘Esta bien, —dijo el Conde— coge el potro ‘‘Huracán’’, que es el más ligero’’.

Y Juan partió veloz hollando los agrestes parajes de Daimiel en una aventura de libro selvático.

ACTO IV (y último)

Siete jornadas pasaron y Juan no regresaba... El olor de los encinares embriaga y atrae sujetando a la grandeza del monte casi salvaje donde se hallaba el Conde de cacería. Quedose ‘‘puesto’’ su perro patizambo. Y allá, en un altozano, vio sentada a una mujer de negra vestidura. Se acercó intrépido, adivinando en su rostro macilento y extraño a la pasmosa Dama referida por Juan. Sin más rodeos la preguntó:

— ‘‘¿Por qué amenazaste a mi criado cuando tropezaste con él mientras cortaba leña?’’

— ‘‘No fue un gesto de amenaza, respondió la Muerte—, fue un gesto de sorpresa, pues me asombró verle aquí por la mañana cuando tenía pronto una cita conmigo junto a los Ojos del Río.

CAE EL TELON MIENTRAS SALE: EL JUGLAR:

‘‘Y dicen que por las noches se oyen susurros entre el batir de espadas de los cañaverales que florece el agua...’’

— ‘‘y dicen que son quejidos del ánimo de Juan meciéndose en el seno del líquido elemento...’’

— ‘‘Y dicen que el aire daimieleño trae y lleva estas estrofas, viejos lamentos de algún ayer remoto...’’:

CANTADO

*Víspera de los Difuntos,
sábado, primero día,
cabalgó el criado Juan
del Conde caballería.*

*De Daimiel hubo salido,
Villarrubia alcanzaría
con más premura que el rayo
que los ojos no lo vían.*

*¡Mal haya quien con la Muerte
necio se cita!*

*Pasadas siete jornadas
del buen Juan no se sabía;
preguntando le han al Conde
las gentes con cortesía:*

— *¿Dónde está el vuestro criado
que a los lares non volvía?*

— *Fue a encontrarse con la
Muerte,
con ella cita tenía.*

*¡Mal haya quien con la Muerte
necio se cita!*

¡¡LEGENDARIO DAIMIEL!!

